

JOVENES POBRES EN CHILE: NADANDO EN LA MODERNIDAD Y LA EXCLUSION

María Emilia Tijoux *

En Chile, el avance de las modernizaciones ha provocado un claro distanciamiento entre el Estado y los sectores populares, para replegarse en la supervisión del equilibrio y en el manejo de los grandes parámetros económicos y políticos. La tendencia general de este proceso es construir sistemas de poder centralizados, sin tomar en cuenta la mediación existente entre esos centros y la masa de la sociedad civil. Aparecen entonces grupos de personas desorientadas, sin proyectos orgánicos de acción social y dependientes del sistema político imperante. Entre esos grupos se encuentran los jóvenes pobres.

Referirse a este sector joven de la sociedad supone por una parte un análisis que tome en cuenta —al menos algunos— de los diversos enfoques existentes sobre el problema, y por otra considerar lo que dicen los propios sujetos protagonistas de tantos debates. Es desde esas experiencias y sus particularidades que trataremos de construir este artículo, basándonos en trabajos de terreno con jóvenes que viven y dan cuenta de las situaciones estudiadas.

La anomia

Para la Sociología, la anomia es el quiebre de la estructura cultural, que se da cuando hay una disyunción aguda entre las normas y los objetivos culturales, y las capacidades que se estructuran socialmente en los individuos del grupo para obrar de acuerdo estos objetivos. Si nos referimos a ella como categoría de análisis, es porque ha servido de referencia a prácticamente todos los discursos sobre juventud.

Robert Merton plantea que toda sociedad posee normas que gobiernan la conducta, diferenciándose en el grado, según la tradición, costumbres y controles institucionales unidos a los objetivos que impone la estructura. De la cultura social surgen exigencias que determinan normas de conducta para todos los que conforman la estructura, resultando más difícil —para aquellos que pertenecen a sectores sociales pobres—, asumir dichas normas.

Emilio Durkheim se refiere a la anomia como «al estado de falta relativa de normas de una sociedad o de un grupo».

Ampliando su significado, psicológicamente anomia significa, «estado de ánimo del individuo cuyas raíces morales se han roto, que no tiene ningún sentido de continuidad, de grupo, de obligación». Al romperse los lazos que permiten la cohesión social del individuo, el concepto de anomia alcanza características de desintegración y desestructuración social en relación a las conductas normativas que impone la sociedad.

Ha sido desde estas mismas teorías que desde 1985 en Chile ha habido un significativo incremento de estudios sobre la juventud chilena, en coincidencia con el desarrollo de las protestas populares del período 1983-87 (protagonizadas principalmente por jóvenes de población); con la apatía política demostrada por la clase popular ante el advenimiento de la democracia; con el incremento de los delitos con uso de armas (cometidos en un alto porcentaje por jóvenes pobres), y con el consumo de drogas (principalmente por la juventud en general). Son importantes, a este respecto, los trabajos de Eduardo Valenzuela, Manuel Antonio Garretón, Javier Martínez y José Weinstein, entre otros.¹

* Licenciada en etc. etc. (completar). Docente Universidad Arcis, Santiago. (Completar).

1 Se hace referencia a los trabajos de Eduardo Valenzuela: *La rebelión de los jóvenes*, SUR, Santiago, 1984; Eugenio Tironi: «Pobladores e integración social», *Proposiciones* N°14, SUR, 1988; y a trabajos de José Weinstein como por ejemplo «Víctimas o beneficiarios de la modernización», *Proposiciones* N°20, SUR, Santiago, 1991; Manuel Antonio Garretón: «Problemas y desafíos en la participación política de los jóvenes», Flasco, *Documento de Trabajo* (serie estudios sociales), Santiago, 1991.

Para estos sociólogos, las reestructuraciones sociales como la modernización disuelven la relación existente entre las expectativas individuales y los medios tolerados. Sobre el individuo gravitan entonces extremas tensiones, la exclusión, la incertidumbre y el extrañamiento,² llevan al individuo a un estado de «anomia subjetiva» en la que el universo simbólico se desestructura. Las metas propuestas por la sociedad no se cumplen ni alcanzan. En el espacio de la decepción aparecen la apatía y el abandono. Las relaciones sociales se deterioran, desaparece la organización social «moderna» y la identidad se refugia en lo comunitario y el presente inmediato. La violencia de los jóvenes por ejemplo, sería la respuesta desesperada a su situación crítica simbólica. Es en esta misma línea que se ubican los trabajos y corrientes que plantean que actores tan desestructurados y anómicos sólo pueden constituirse como tales «dependiendo de la capacidad que tiene el Estado para satisfacer dinámicamente sus demandas de incorporación».³

En general, estos estudios coinciden en definir el problema como un proceso de desmoralización anómica de los propios jóvenes, con inclinaciones perversas hacia el delito, la droga y la subversión, o sea, como un estrato social que ha consolidado una gama amplia de «conductas desviadas». Anomia y desviación son vistas como formas de desintegración social de tipo estructural, que sólo pueden ser corregidas con adecuadas políticas estructurales de integración.⁴

El problema es que frente al tema de la exclusión juvenil no cabe hablar de anomia, pues ésta propone un proceso de socialización que entra en crisis. El supuesto básico de la anomia es que la socialización fue efectiva en algún momento. No cabe entonces —para los jóvenes a los que hacemos referencia— hablar de anomia, sino de una forma de vida o de sobrevivencia.⁵

Los métodos que se derivan de este diagnóstico son diversos e incluyen la represión zonal (arrestos barriales al azar, por simple sospecha), represión sistemática contra los grupos más conflictivos, propaganda persuasiva a través de la TV («sólo buscamos una oportunidad»), incorporación a Casas de la Juventud administradas por grupos pro-gobierno, propuestas de actividades recreativas-culturales masivas, abaratamiento de mercancías de consumo juvenil, y actividades extensivas de capacitación laboral (manual).⁶

Es evidente que ese análisis no considera dos elementos centrales en la juventud marginal: 1) la ausencia de identidades comunitarias amplias que convoquen su fuerza, talento e idealismo, y 2) la presencia de energías identitarias dentro de las micro-asociaciones juveniles. De esta forma, lo que los jóvenes puedan decir o proponer no tiene cabida en la política global de desarrollo social, porque tanto el comunitarismo como el alternativismo no tienen hoy cabida en los esquemas teóricos de la modernidad liberal, tal como ésta se define y administra hoy en Chile. La crítica de los jóvenes a la política oficial es apenas oída.

2 Me refiero a las dimensiones de la anomia planteadas por Valenzuela, Eduardo: *La rebelión de los jóvenes*: Op. cit.

3 Tironi, Eugenio: «Pobladores e integración social»: Op. cit., p. 78.

4 Podemos destacar, además de los trabajos de Eugenio Tironi al respecto, los documentos elaborados por el Instituto Nacional de la Juventud: Documentos de Trabajo, declaraciones públicas y estrategias diversas para con los jóvenes «excluidos» de la sociedad chilena.

5 Jóvenes de Santiago, de sectores pobres, de grupos de esquina, y jóvenes detenidos procesados de la Torre 4 del CDP de Puente Alto.

6 Cursos de capacitación entregados por el Fondo de Solidaridad e Inversión Social (FOSIS), que durante un período máximo de 6 a 10 meses pretende entregar a los jóvenes en ruptura social las herramientas de inserción en la vida laboral, esencialmente a través de oficios como los de la construcción y servicios domésticos y de restaurantes.

La «reflexibilidad refleja» y la «comprensión» sociológica

El sociólogo francés Pierre Bourdieu tiene una postura distinta frente a la categoría juventud, dando cuenta de ésta como perniciosamente utilizada en el sentido que se articula con los poderes que necesitan oprimir a un sector de la sociedad, poniendo el acento en la crítica de esa categoría «juventud».

El autor señala que la división entre jóvenes y viejos es vacía, puesto que siempre se es viejo o joven para alguien, y que «lo generacional» es manipulable y variable en los diversos tipos de sociedad. Por otra parte, es el abuso inmenso del lenguaje el que coloca bajo el mismo concepto de juventud a universos que nada tienen en común.

Existen de hecho diferentes juventudes en las distintas clases sociales. La burguesía, —por una parte— prolonga el período juvenil —y parte de la infancia— a través de la escuela y los estudios. Ser estudiante, implica la referencia a una categoría real en donde se es medio-niño medio-adulto, o ninguno de los dos. La condición de estudiante determina comportamientos como estar eximido de las tareas domésticas, depender económicamente de la familia, participar de una vida de grupos en donde se está «entre jóvenes».

Por otra parte, para otros tipos de jóvenes, como los hijos de obreros, mineros, y campesinos por ejemplo, la situación es distinta, ya que al entrar tempranamente al mundo laboral, entran en el juego social para trabajar desde muy jóvenes (muchas veces todavía siendo niños) alcanzando rápidamente el estatus de adulto y las posibilidades económicas que ello conlleva.

Una mirada histórica

Desde aproximadamente 1957, en Chile se produjo una creciente deslegitimación social del sistema económico y político que regía el país. La fuerte agitación social que se extendió entre esa fecha y 1973 produjo, por una parte, una relativa desintegración de la «identidad estructural» de la sociedad chilena y, por la otra, una valoración creciente de las «identidades proyectivas» que anidaban en los movimientos sociales (sobre todo en el movimiento popular). La dictadura militar que se estableció en 1973 combatió, dichas identidades pero no logró abolirlas por completo. Sólo con el advenimiento de la nueva democracia, las identidades anidadas en los movimientos perdieron fuerza y dinámica, al instalarse sobre ellas la «legítima» identidad nacional de esa nueva democracia. De hecho, esta nueva identidad no era sino una versión purificada y simplificada del sistema económico y político que la clase popular había repudiado activamente entre 1957 y 1973. Esto explica la manifiesta reticencia y apatía que actualmente demuestra esa clase social respecto del nuevo sistema liberal, pese a sus superestructurales éxitos económicos.

El punto es que los chilenos pobres no han reconocido ni se han integrado a un marco de identidad superior, ni bajo la idea de comunidad nacional ni bajo la idea de sistema global. Paralelamente, tampoco han podido, a partir de sus luchas o movimientos, construir una identidad comunitaria validada e institucionalizada a nivel nacional. De este modo, aun cuando existan clases o grupos sociales con identidad estructural, no existen actores que se muevan de modo consistente en pos de objetivos colectivizantes. El resultado es una aparente fragmentación de las identidades y movimientos sociales, particularmente respecto de su accionar histórico (político).⁷

Esta situación se complica con el hecho que, habiendo sido la dictadura militar de orientación liberal, y siendo la democracia hoy de idéntica orientación, ha sido el «mercado» la única forma de identidad superior a que se enfrentan los sujetos sociales. Este mercado —como se sabe—, está definido por la competencia inter-individualista y no por las tendencias colectivizantes, y dominado por los individuos o grupos de efectivo poder económico y político, y no por todos los individuos que compiten en él.

7 Salazar, Gabriel: Documento de Trabajo sobre juventud popular, Santiago, 1994.

Es este el contexto global —de desintegración de las identidades colectivas— en el que se está formando la joven «generación de los 90». De este modo, con respecto a la situación existente antes del golpe militar de 1973, nos encontramos frente a una juventud que se enfrenta a un entorno histórico radicalmente distinto, que bloquea sus posibilidades de desarrollo, en lo individual tanto como en lo colectivo.

El fracaso escolar y las «invitaciones» para la integración

Fue desde el comienzo de los 70 que la juventud popular se volcó al sistema educacional con el objetivo de elevar sus niveles de capacitación, asumiendo que el desempleo era atribuible a una baja escolaridad. Los jóvenes populares se integraron a los liceos para una búsqueda de mayores oportunidades para el futuro. «Estar estudiando» implicaba una movilidad social ascendente del individuo en el sistema social, y depositaban su confianza en la promoción de las vías de educación desechando las fórmulas fortuitas de movilidad —como la suerte—. ⁸

Es así como muchas veces se creyó que «los volúmenes de tiempo de escolarización necesariamente generarían beneficios económicos y sociales, permitiendo —incluso— superar situaciones de pobreza crítica». ⁹

En el año 1988, de un total de 2,49 millones de jóvenes entre 15 y 24 años, el 31,8% del total se encontraban estudiando. En el mismo año, la deserción anual era del orden de los 50.000 niños en la educación básica, y 60.000 en la enseñanza media. Eran solamente 38.000 de los que habían egresado que no tenían ninguna preparación para integrarse al mundo laboral. 140.000 eran los que desertaban cada año del sistema escolar o lo terminaban sin tener preparación específica para integrarse al mundo del trabajo, considerándose como población meta por los Institutos de Capacitación que operaban fuera del sistema regular de educación. ¹⁰

De acuerdo a los datos entregados por el Instituto Nacional de Estadísticas (INE) en los 90, 757.000 jóvenes estaban matriculados en algún centro de educación. De ella, 648.000 se hallaban matriculados en la enseñanza media, 416.000 (64,2%) pertenecían a la enseñanza científico humanista, y sólo 232.000 estudiaban en algún establecimiento de enseñanza técnico profesional. ¹¹ Su rendimiento muestra que los más altos índices de repitencia correspondieron también a los colegios municipalizados, donde concurren los jóvenes de estratos bajos: 15,2% para la enseñanza científico humanista y 13,6% para la técnico profesional. ¹²

Si bien el interés de estos jóvenes de los años 90, ha sido de acceder a la educación para lograr obtener un estatus social distinto, existen dificultades inherentes al tipo y metodologías de educación que impiden dicho ascenso social. La enseñanza media —entre otras— no habilita a sus egresados para integrarse al mundo del trabajo, siendo para los jóvenes una actividad de acreditación o de «pasar el tiempo» más que de logros o conocimientos.

... En la escuela me portaba mal, ir para allá era como de desahogo porque nunca salí a ninguna parte... (Erika, 20 años, La Florida, 1992).

El sistema escolar determina los campos culturales y de poder en donde se desenvolverán los jóvenes, en tanto medio de reproducción de las diferencias sociales. Este funcionamiento clasista del sistema escolar hace que miles de jóvenes en distintos niveles de la enseñanza, sean dejados de lado, y condenados a la exclusión, ya que aunque parezca poco riguroso asegurarlo, existe un lazo entre la exclusión escolar y la delincuencia.

8 Así lo señala un estudio de Currieri de 1975.

9 García Huidobro, Juan Eduardo y Luis Zúñiga: *¿Qué pueden esperar los pobres de la educación?* CIDE Ediciones, Santiago, 1990.

10 Primer Encuentro Nacional de Educación para el Trabajo. CIDE, Santiago, 24-26 de octubre de 1990.

11 Instituto Nacional de Estadísticas: Compendio Estadístico.

12 Ministerio de Educación: *Rendimiento escolar*, 1990.

... La primera vez que me acuerdo la primera vez fue en San Antonio, yo entré al colegio tarde dos años más tarde, estudié en el Puerto de San Antonio de ahí me trasladé a un colegio especial porque no podía aprender a leer no aprendía y después estudié en el Cataluña y de ahí me expulsaron y el inspector, un día estábamos en la mañana fue y me sacó de un tirón y fui y me tiró la leche en la cara y el inspector me agarró de las patillas y yo le dije que nadie me agarraba así y lo empujé y se cayó y me echaron y me puse a trabajar era mejor así...

Además, en muchos casos ciertos conflictos que se perciben como «conflictos de generación» se dan a través de las personas o grupos de edad constituidos en torno a relaciones diferentes con la escuela, que manipula las aspiraciones y determina la entrada al mundo.

... Yo iba a un colegio chico que hay por aquí, el William College ahí llegué hasta primero medio en el Galvarino y me aburrí el colegio y iba a otro colegio de Ñuble con San Francisco y ahí me aburrí y me salí, los giles iban al colegio y ahí me salí y me aburrí. A mí me gustaba divertirme y a salvarme y a vacilar. Yo estoy en las movidas como de los 12 años más o menos, antes era puro pelusón no más puras maldades no más. Ibamos a puro vacilar, de todas maneras en el liceo, si uno tiene monedas entra a la Universidad y si no tiene no entra... (Juan, 18 años, La Florida, 1993).

El sistema escolar entonces comienza a preocuparse por «capacitar en diversos oficios» a los jóvenes que hacen parte de sectores sociales marginales y sin posibilidad de «entrada» al mundo del poder, más preocuparse por proyectarlos y educarlos según sus propias posibilidades en tanto grupo y anhelos particulares, sin resolver los problemas centrales que impiden a esos mismos jóvenes tener un lugar en la vida social.

En realidad, en relación a la educación, no se trata de una exclusión, sino de varias, por lo tanto no hay un responsable sino varios responsables. Sólo una reflexión y una acción común podría permitir buscar respuestas comunes que beneficiaran a los jóvenes, porque lo que está claro, —lo queramos o no reconocer— es que la escuela sigue siendo un medio de entrada a la vida social. La categoría «cesante» vendrá a agregarse a las anteriores.

Ser y estar cesante, una constante de los años 90

Entre el año 1975 y el 1987, más del 50% de la población juvenil económicamente activa permaneció desempleada, tuvo un empleo informal, o fue acogida en empleos de emergencia, según lo muestra la Encuesta Nacional del Empleo del INE (año 1985). Todos los indicadores disponibles para perfilar la situación laboral de los jóvenes arrojaron para ellos, sin excepción, una condición de trabajo más desmejorada, partiendo por la tasa de desocupación, la que duplicó los promedios generales.

En el período actual, la situación juvenil no es satisfactoria ni siquiera verificando sólo la variable empleo. Si bien la cesantía juvenil descendió de un 37% en 1982 a un 17% en 1989, siguió triplicándose a la del mundo adulto, elevándose a más de un 30% en las comunas más pobres. El desempleo se concentró —como es lógico— en los sectores sociales de ingresos más bajos. Varios autores señalan la situación de los jóvenes populares en el empleo, concordando que es de extrema marginación. Así por ejemplo, J. Weinstein señala que «los índices de desocupación de los jóvenes en general, doblan el promedio nacional, alcanzando cifras cercanas al 20%». ¹³

Este análisis sin embargo, no es suficiente. Junto con señalar que uno de cada dos jóvenes está desempleado en los sectores sociales menos favorecidos por el modelo económico, hay que señalar que la calidad de su inserción laboral es extremadamente precaria e insatisfactoria: el 40% de los jóvenes carece de previsión o contratos, y han trabajado en oficios diversos.

... Yo quería trabajar para mi familia y para mí, tengo que vestirme comprar cosas después estuve trabajando con mi padrino haciendo rejas pero me salí pero también se puso sinvergüenza ya que saben que si uno es joven le cuesta encontrar trabajo...

13 Weinstein, José: «Problemas de la juventud. Desafíos de la sociedad chilena». *Documento de Trabajo* N°8, CIDE, Santiago, 1988.

El escaso nivel educacional de los jóvenes insertos a la actividad laboral determina que su inserción se produzca casi exclusivamente en las actividades y sectores donde el deterioro es mayor, es decir, los jóvenes que forman parte de la población económicamente activa, de preferencia o están desempleados o subempleados, trabajando en actividades informales o sumergidas, y por lo tanto clandestinas.

... Yo he trabajado en construcción, en negocios empecé a trabajar como a los trece años para mí porque mi mamá siempre ha tenido eso que no me exige pero yo nunca me lo dejo para mí siempre le doy a mi mamá. El primer trabajo fue una construcción y duré muy poco era muy niño y vi que en el colegio ya no podía aprender más y mi familia estaba pasándola mal y preferí que mi sobrina estudiara. Duré como tres meses en el trabajo, nunca me gustó y siempre quise que aspirara a algo mejor y quería otra cosa, ahí traía las carretillas, me sentía bien con el maestro decía que yo era muy joven...

El diagnóstico desempleo-integración se basa, por un lado, en una situación de mercado asumida como transitoria (desempleo), y por otro, en una diversificada oferta de convocatorias integracionistas que no incluyen lo que se demanda, esto es, precisamente, el empleo. En rigor, el análisis que rige el diagnóstico es librecambista (la única causa del problema es el desempleo) y la solución que finalmente resuelve el problema también lo es (el mercado, finalmente, cuando pueda, los empleará); por donde, tanto el análisis como la política son, tan sólo, un acompañamiento ideológico para lubricar las decisiones automáticas y autónomas del mercado y una vía propedéutica para que los jóvenes enfrenten el mercado.

En este sentido aunque no comprendan la noción de mercado, han integrado a su sobrevivencia en el delito y en el trabajo informal, actitudes similares a las que observan en la vida cotidiana:

... Son los giles los que trabajan, los puros giles, yo estoy seguro que me gano en un fin de semana lo que usted se gana en 2 ó 3 meses, hay que saber movilizarse no más... (Ricardo, 20 años, La Florida, 1993).

Una mirada desde la psiquiatría

En vistas de lo señalado anteriormente resulta complejo y peligroso ser joven-pobre en Chile, porque a la poco clara categoría de joven, se suma el estigma de pobre. Pero —cuidado— aún no hemos terminado de categorizar (y clasificar), no olvidemos que se trata de jóvenes que rechazan la escuela, provocan «problemas» en su entorno, tienen reacciones incomprensibles de agresividad y violencia, o se marginan de la vida social.

Si agregamos a las categorías de joven y pobre, la categoría de adolescente, podemos observar por lo general que es en torno a las dos anteriores que se articula la tercera, en la medida que los problemas propios a las etapas psicológicas que vive el individuo en esas etapas se hacen notar de manera muy clara cuando se trata de jóvenes pertenecientes a sectores pobres.

En términos generales la adolescencia se entiende como la etapa de la vida en que el joven vive cambios importantes en su organización biológica y posición social e individual, en que se organiza y adapta su carácter a las exigencias de la vida social y sexual, sin olvidar la serie de trastornos de diversa gravedad y de compleja identificación (neurosis, psicosis, crisis de adaptación...).

Es absolutamente obvio que para cualquier persona, «vivir» su pubertad y adolescencia, experimentando estos trastornos en un entorno social que lo proteja, es distinto a vivirlos en la soledad, el abandono, la miseria y la exclusión. Se supone que es a partir de esta misma etapa que el joven inicia su proceso de afirmación individual y colectivo, con valores y modo de vida propios.

Los jóvenes pobres excluidos: otras formas de tejer los lazos

Los parámetros o tendencias que cruzan y atraviesan la existencia de estos jóvenes subrayan su involución más bien que lo contrario. Se pueden citar algunas de esas tendencias: desde 1973, les afecta una mayor tasa de desempleo sectorial; una mayor presión competitiva; una altísima represión «por sospecha»; un menor acceso a la educación superior; una decreciente proyección a identidades colectivas;

una menor pertenencia a familias integradas; un grado descendente de politización; una curva ascendente de actitudes anómicas, escapistas, etc.¹⁴ Es evidente que la modernización liberal se ha construido en Chile no sólo erosionando las identidades colectivas de la Nación sino también deteriorando, en su mismo origen, la formación de identidades juveniles a nivel, incluso, individual.

Sin embargo, mientras más conocemos sus historias, más se percibe que se trata de sujetos que no tienen espacios sociales permitidos para vivir. Es preciso entonces entregar algunas características obtenidas del trabajo con los grupos señalados para este artículo.

Se trata de jóvenes difíciles que rehusan instalarse en alguna parte y que viven otros tiempos.

... fue ahí cuando estaba chico caleta de tiempo cuando caímos presos ahí... (Dice Rafael, 17 años, refiriéndose a una experiencia que data de 2 años).

... Tengo 16 años, bueno yo cuando chica, antes, ahora, fui sola, nunca tuve a mi mamá, siempre estuve sola, estábamos solos íbamos a la escuela...

Anti-normativos, son siempre: «demasiado» violentos, delincuentes, agresivos, molestos; o: «no lo suficientemente» motivados, autónomos, explícitos. El límite más complejo es el límite de las demás personas.¹⁵

Del punto de vista fenomenológico nos llevan a la imagen de los errantes, la inestabilidad, lo lejano. Son difíciles de aprehender y plantean una problemática del espacio que evoca una carencia de lugar, de posición social, de reconocimiento, de identidad. Pareciera que como los fantasmas, atraviesan los muros. Son personajes intermediarios, que circulan en las casas de menores, los hogares, las casas de buenas personas, el hospital y la cárcel.

... siempre preso, siempre preso o igual en casas de menores, las conozco todas, todas, de ahí a San Bernardo y aquí a la cárcel. Los conozco a todos los jefes y ellos me conocen a mí, si pues... (Esteban, 17 años).

Se mueven más allá de lo permitido y lo tolerado, totalmente fuera de los límites de las reglas y la ley.

... Empecé a robar cuando mi abuelita no tenía para comprarme un par de zapatillas y las tenía rotas y veía a los cabros que andaban todos bacanes, y no tenía como para comprar, y salía p'a arriba con los otros, volvía a la casa y la abuela me preguntaba de donde las sacaba y yo le decía que me las vendían o que me las regalaban. Llegaba con casaca, todo vestido llegaba. Después empezaba a buscar monedas para los vicios, y me metía para las casas para adentro. Así que después ya me aburrí porque me agarraron adentro de una casa, habían dos viejos, me levantaron y me llevaron preso. Me pegaron pero de ahí igual me les arranqué no más. Tiraron sus balazos al aire... (Carlos, 19 años, La Florida, 1993).

Personajes actores de máscaras múltiples, se esconden por lo general detrás de un «parecer» (pare-ser) que provoca (especialmente a los profesionales).

... aquí les cuento el cuento como quiero, a la psicóloga, a la asistente social, al abogado, a los profes, así se pasan las películas que quieren conmigo... (Oscar, 17 años, Puente Alto, 1994).

De un punto de vista clínico, funcionan en la ambivalencia, los clivajes, las identificaciones proyectivas, los movimientos amor-odio. Tienen personalidades que pueden considerarse de expresión a veces psicopática (psicosis, neurosis y perversión) conservan una movilidad de estructuración y de evolución.

En la práctica terapéutica e institucional ocupan un estatus excepcional al que Freud se refería como problemáticas ligadas a un sufrimiento que les ha tocado desde su infancia, tratándose de hechos y sufrimientos de los cuales se sienten inocentes. Son otras las personas que han contraído con ellos una

14 Estos datos se encuentran en las Fichas CAS y CAS II elaboradas por servicios sociales de Municipios correspondientes a Municipalidades de sectores pobres de Santiago; y la CASEN por Mideplan.

15 Lo que se afirma aquí puede comprobarse con la lectura de las «observaciones» de las libretas de notas de los jóvenes: «demasiado agresivo; no entiende lo que se le explica; nunca está cuando se le necesita; no presta atención, etc.».

interminable deuda de la cual ellos no se sienten responsables. La vida les debe mucho, y por esta razón se sienten autorizados a «atacarla».

A veces soy el último y siempre he sido el último y cuando me dicen algo a mí lo hacen porque soy siempre el último y me miran en menos de repente porque no tengo lo que tienen ellos. Sabe, que yo no soy bueno para expresar mis sentimientos, la vida me ha hecho duro, a veces me preguntan y yo no me siento bien y uno se acostumbra a ser siempre el último. Antes, cuando miraba las noticias me daba cierta pena y ahora no me interesa, mi mamá me dice que no tengo que ser así, la vida le enseña a uno esas cosas (Jonathan, 17 años, La Florida, 1993).

Nunca se les previno en su infancia sobre los peligros exteriores, sin haberseles premunido contra las caídas, los golpes, los cortes, las quemaduras, quedando solos ante estos tipos de problemas. Han experimentado más a menudo el dolor y el abandono más que el amor, el placer y la seguridad. Estas numerosas experiencias traumáticas conducen a que algunos se caractericen por patologías relativas al «sacrificio», en donde pareciera que se nace «de repente» y se muere «... por ahí; como mueren los pobres; en su ley; antes de los 25 años» (De Puente Alto, CDP, 1994-1995).

... por mí, nadie ha hecho nunca nada por mí, no veo por qué entonces siempre me piden que cambie, ¿para qué?... (Javier, 16 años, La Florida, 1992).

Cometen los actos de tipo violento superponiendo el tiempo y el espacio, lo que reduce las dimensiones existenciales, temporales y espaciales, con el tiempo actual, esto provoca el hecho de reducir la posibilidad de un movimiento crítico con respecto a las actitudes anteriores. Cuando se refieren a ellas, lo hacen de manera natural, como si lo vivido hubiera sido algo necesariamente banal. Estas actitudes provocan la sorpresa y el rechazo por parte de los demás, que al no haber tenido socializaciones ni «habitus» de este tipo, no pueden comprender dichas actitudes y comportamientos.

... La segunda vez fue por una bronca con los de allá abajo, le pegaron un balazo al loco y uno me pegó uno a mí pero no me morí. Otra vez fue eso del botellazo y los pacos nos llevaron, pero por riña. El último fue por otro auto, nos pillaron y como yo andaba con un compañero y era menor, el caballero llamó a los pacos —parece que se persiguió—. Yo estuve 5 días incomunicado, pero no fue grave. Así que de ahí ya no quiero más porque estoy aburrido de que me peguen tanto... (Aldo, 18 años, La Florida, 1993).

Con todo, aun en el límite mismo de su marginalidad y desconstitución identitaria, la juventud pobre ha reaccionado construyendo múltiples lazos micro-asociativos a nivel barrial o local. Tales lazos constituyen un grado menor y más primario de lo que podría denominarse «organización». En realidad, los jóvenes se muestran refractarios a la idea de «organización» y se inclinan, en cambio, a depositar su confianza en asociaciones informales, inestables y aun pasajeras. Éstas pueden ser de tipo barrial, como los grupos de esquinas, cultural y delictual.

... y por qué no, ah? al menos ahí se sabe, con los locos no hay escándalo, podemos hacer lo que queramos, nadie nos hace ataos', yo los conozco desde chico, y ahí nos seguimos viendo, igual que antes... (Mauro, 22 años, La Florida, 1993).

Es notable, en este sentido, la empatía que ponen en juego en esas micro-asociaciones o mini-grupos, y la intensidad de los intercambios identitarios (aunque marginales) que ocurren dentro de ellas. Es allí donde se sienten actuando como «sujetos», o como «miembros de grupo» (sentido comunitario), o como creadores de cultura alternativa, conductas contestatarias, etc. Es allí donde su marginalidad se vuelve energía expresiva, acción social y, eventualmente, movimiento.

... la sociedad no nos quiere, nadie nos quiere, somos los malos, los pobres. Entonces no nos queda otra que buscar por ahí, hay que movilizarse, yo terminé 4º medio ¿y? no hay plata para estudiar... (Miguel, 23 años, La Florida, 1994).
... soy de aquí de la población y somos bien nombrados nosotros los B. Antes yo estaba en el colegio, ahora estoy en la esquina, aquí nos juntamos todos y nos respetan, si pues, nos respetan... (Juan B., 18 años, La Florida, 1994).

La búsqueda

Aparece cada vez más necesario buscar opciones epistemológicas y metodológicas, así como de trabajo especializado educativo que operen en la línea afirmativa de los procesos individuales y grupales de formación de identidades. Tanto más, cuando las políticas oficiales hacia la juventud (privilegios marginales respecto del mercado, represión zonal, capacitación manual intensiva y reclutamiento para la política oficial de desarrollo local), no están rindiendo los resultados esperados. Los porcentajes de desempleo y la delincuencia juveniles se mantienen, así como la apatía política y la masiva exclusión de los jóvenes de la universidad y de las decisiones públicas que se refieren a ellos mismos.

No parece factible que la represión (o la pura capacitación manual para el subempleo), vaya a eliminar ni las identidades ni la cultura marginal como tales. Más probablemente, ella puede dar lugar a una interminable guerra de guerrillas.

... llegué por un apaleo, estuve por un apaleo cuando se tomó eso gendarmería. Eso estaba con los profesores llegó gendarmería... El disciplinario es donde están los más —como le dijera— los más rebeldes... y los castigan en unos «containers», en una cuestión como una celda grande así que tiene como incomunicados pura lata no más,... de ahí están 5 a 10 días castigados en el «container». Tienen unos barrotitos «así». Ni siquiera uno puede así ponerse de punta con los pies para mirar para afuera está muy alto... el calor que pasan ahí, el frío en la noche... entonces ahí es como se ponen más rebeldes. Y cómo no van a ser rebeldes, ¿quién los va cambiar? Haciendo eso nadie los va cambiar (Carlos, 17 años, Puente Alto, 1995).

Se hace preciso trabajar en equipo educativo, instaurando lugares de vida que permita asociar las competencias de cada uno en un marco de referencias intersubjetivas, que permita el «juego» de la creación de espacios imaginarios y que evite ahogarlos de miradas polivalentes totalizantes. Se hace necesario acompañar, como proceso urgente que les permita apoyarse sobre representaciones grupales e institucionales que ofrezcan más seguridad y que entregue límites. Se hace necesario que esos sujetos «difíciles» puedan efectuar representaciones espacio/temporales para apropiarse de un espacio imaginario y corporal que lo modele y donde pueda vivir. Un espacio para él y los suyos. De esta forma se facilita la búsqueda y el conocimiento de sus identidades, aquellas que ocultan a los seres humanos que somos.

Más sensato parece asumir esas identidades no como negaciones (juventud anómica, perdida, descarriada) sino como afirmaciones primarias y puntos de arranque histórico para la autoconstrucción de identidades básicas y movimientos.

La gente no entiende a los jóvenes, cuando uno se fuma un pito dicen al tiro que somos malos a lo mejor fuimos malos durante un tiempo pero ahora no pasa nada, ellos no saben la pulenta, cuando tratamos de ser buenos nadie nos ayuda, es difícil, en serio. Entonces por eso nos juntamos entre nosotros no más, ahí nos organizamos, ayudamos a los cabros chicos —a la semilla esta— para que no sea como nosotros, hacemos colonias urbanas y hasta clases, a nosotros nos escuchan más que a los grandes porque los entendemos, fuimos como ellos (Mario, quien se autodenomina «monitor de la calle», 23 años, La Florida, 1994).

Le corresponde entonces a las ciencias sociales la tarea de indagar sobre los comportamientos y modos de vida que permitan buscar construcción de identidades juveniles y comprenderlas desde enfoques que permitan dar cuenta de sus historias, comportamientos, deseos, aptitudes y necesidades.

SANTIAGO, marzo de 1995